

Rocca di Papa, 26 de abril de 1999

Mensaje a los jóvenes

Mensaje a los jóvenes para el evento anual del 1º de mayo en Loppiano

Es el 1º de mayo y ustedes, jóvenes, están reunidos para compartir alegrías, preocupaciones e ideales, para reflexionar sobre lo que puede interesar hoy a ustedes, que ya miran hacia el nuevo milenio, que les pertenece de un modo especial, para recoger sus jóvenes fuerzas y contemplar un sueño que puede hacerse realidad: un mundo unido. Y esto, a pesar de los acontecimientos muy lamentables que los medios de comunicación nos narran cotidianamente.

Imagino que en estos momentos, aun en medio de canciones, músicas, danzas, experiencias tan variadas, testimonios, horas de alegría serena y fuerte, típicos de sus Congresos, en sus corazones pueden nacer algunas preguntas.

Pues bien, los gen, interpretando esas inquietudes, ya me han formulado dos:

“¿Podrías contarnos cómo nació en ti la idea del mundo unido?

¿Cómo empezó esta aventura de la unidad?”.

Y después:

“Tú tenías nuestra edad cuando empezaste... Si estuvieras en nuestro lugar, ¿qué harías hoy?”.

Cómo empezó esta aventura de la unidad

Queridísimos, comenzó no cuando yo, sino cuando Otro lo quiso así.

No sé si saben que, de vez en cuando, llegan a la Tierra algunos dones especiales, llamados carismas.

Los manda Aquél que rige la historia y la conduce hacia un objetivo bien preciso: el bien, haciendo que concurra a ése incluso lo que nosotros, hombres y mujeres, hacemos equivocadamente en este mundo.

Es Dios, Dios que es Amor, en quien muchos de nosotros creemos con todo nuestro ser.

Pues bien, un día, hace muchos años, también nosotros recibimos uno de esos carismas. Por medio de él, comprendimos que sobre cada uno de nosotros - éramos jóvenes entonces - había un designio maravilloso, una tarea, casi una misión: trabajar en la vida que se nos había dado para que todos sean una sola cosa, poniendo en acción, en nuestro corazón y en el de todos, el amor.

¿Fantasía? ¿Utopía?

Claro que no, si un día Jesús pidió a su Padre Celestial precisamente eso: “Que todos sean uno”.

¿Acaso un Padre, que es Dios, de un Hijo, que es Dios, con el que es un único Dios, podía no escuchar su voz?

Partimos seguros hacia esa meta y actualmente en el mundo, entre chicos, jóvenes y adultos, somos millones y millones de casi todas las naciones del mundo. No podemos contar cuántos somos. ¡Es imposible!

Naturalmente, entre los nuestros, hay personas que no tienen nuestra misma fe religiosa, tal vez tienen otra o ninguna. Pero también ellas poseen lo que llamamos benevolencia, que no puede faltar en cada corazón humano. Así caminamos – junto a estas personas también – hacia el objetivo de la familia

universal, hacia la edificación de un mundo unido.

Y si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?

A la segunda pregunta respondo:

Si yo fuera uno de ustedes, en primer lugar asumiría como propio el patrimonio que ya existe. Me sentiría solidaria con los millones de personas que ya están en marcha y trataría de dar para esta causa dos aportaciones posibles.

Permaneciendo fiel a quien empezó, y solidariamente con todos los que nos han precedido, haría el propósito de amar con un ardor – si es posible – todavía mayor y de hacer más tupida la red de nuestro Movimiento, que ya envuelve nuestro planeta. Es decir, intentaría crecer en profundidad y en extensión.

Y también, estaría siempre atenta a las necesidades que la humanidad presenta, de vez en cuando, para satisfacerlas.

Pero, para alcanzar esta meta es necesario conocer más nuestra revolución de amor, sus métodos, su táctica, sus medios. Conocer mejor esta revolución, además de vivirla, es uno de sus deberes. Por lo tanto, pregunten a quien sabrá responderles cómo es posible hacerlo. Y, al mismo tiempo, pónganse manos a la obra sin reservas.

Ahora toca a ustedes tremolar la bandera de nuestro Ideal. Por un lado está escrito: unidad, amarse recíprocamente hasta estar dispuestos a dar la vida por el otro; el otro lado sugiere el medio: el esfuerzo, el empeño, el estar dispuestos también a sufrir, para que en el mundo se componga una única familia.

Ustedes son jóvenes. No puede faltarles el valor. Si nosotros hemos podido hacerlo, ¿por qué no ustedes?

¡Mis mejores deseos! ¡Qué este día sea para ustedes un día inolvidable!

Chiara Lubich